

nia (1). Enfrente de él presentábase como candidato mas importante el hijo del difunto, el nuevo elector Augusto II de Sajonia.

Pero ninguno de estos dos pretendientes era grato á las potencias vecinas que desde hacia años habian entablado entre sí negociaciones y adoptado medidas preliminares. No hay que decir que Rusia, Prusia y Austria no podian ver con buenos ojos la candidatura del rey Estanislao patrocinada por Francia, pero tampoco deseaban las cortes de Berlin y de Viena que el futuro soberano polaco fuera el pretendiente sajón, así es que en 1732 las tres potencias septentrionales se habian puesto de acuerdo en un convenio prévio, el llamado tratado de Lowenwold, que consistia en presentar la candidatura de un príncipe extranjero completamente neutral, el infante portugués D. Manuel. Pero este tratado no tuvo mas consecuencia que la discordia surgida cuando llegó el momento de su ratificación, que se negaron á dar Rusia y Austria á causa de algunas condiciones en él contenidas demasiado favorables á Prusia (2). Al morir Augusto II, las cosas tomaron un sesgo muy distinto.

Muy pronto dejó de hablarse del infante portugués, de cuya candidatura nadie hizo caso en Polonia; en cambio la del sajón ganaba cada dia mas terreno, en primer término en Rusia, á la que el elector Federico Augusto hizo concebir esperanzas de que en caso de ser él elegido rey pondría á su disposición el feudo polaco de Curlandia, cuya familia ducal estaba próxima á extinguirse y que algunos años antes por el tratado de Lowenwold habia sido prometido á Prusia en la persona del segundo príncipe prusiano Augusto Guillermo. La política sajona consiguió tambien hacer variar las corrientes reinantes en Viena, por haber ofrecido Federico Augusto la garantía de la Pragmática Sancion, es decir, la renuncia de todos los derechos hereditarios de Sajonia á la monarquía de los Habsburgos. Esta promesa influyó de una manera decisiva en el ánimo del emperador, el cual se constituyó en defensor de la candidatura sajona. Rusia y Austria enviaron sus tropas á la frontera polaca y publicaron en Varsovia una declaración en la que, sin nombrar directamente á Estanislao, excluían la posibilidad de su eleccion. En cuanto á Prusia, no pudo llegarse con ella á un acuerdo para proceder á una accion comun.

La política francesa, por su parte, no permanecia inactiva: su candidato, Estanislao, contaba en Polonia con muchos partidarios que aborrecian lo mismo la supremacía rusa que la continuacion del régimen sajón. El proceder autoritario de Austria y de Rusia produjo general indignacion, y el oro francés que se repartió en el país á manos llenas hizo lo demás; así es que cuando se verificó en Wola la eleccion (12 de setiembre de 1733) resultó proclamado por gran mayoría Estanislao, que secretamente y oculto bajo un disfraz se habia arriesgado á ir á Varsovia.

El partido contrario sajón era poco numeroso, pero á su llamamiento pasó en seguida la frontera un ejército ruso al mando del general Lascy, y como los partidarios del monarca elegido no tenian organizada una resistencia militar, hubie-

(1) En efecto, casi inmediatamente despues del matrimonio de Luis XV con María Leszcynska (setiembre de 1725) habian comenzado los preliminares diplomáticos secretos para una reeleccion del rey Estanislao. Véase la instruccion de 30 de abril de 1726 dada al abate de Livry, enviado á Polonia, y la redactada en 1728 para Villebois, en la *Coleccion de Instrucciones*, tomo IV (Polonia), pág. 300. En un principio el deseo del gabinete francés tendia á que, cuando el caso llegara, no fuera necesaria una nueva eleccion, sino que se entendiera que con la muerte de Augusto II revivia por sí mismo el derecho del rey Estanislao y que por lo tanto solo era necesaria una aclamacion.

(2) Los detalles de esto pueden verse en Arneth, tomo III, página 360.

ron de dispersarse. El mismo Estanislao tuvo que huir de Varsovia y refugiarse en Dantzig. Entonces, bajo el amparo de las armas rusas, se verificó una nueva eleccion que dió por resultado la proclamacion del elector de Sajonia como rey Augusto III de Polonia (5 de octubre de 1733). Los votos de la mayoría se compraron, como de costumbre, con oro y con destinos; el nuevo rey fué solemnemente coronado y Rusia quedó dueña de Polonia. Los amigos polacos á quienes Estanislao tan espléndidamente habia pagado le abandonaron: únicamente le permaneció fiel la ciudad de Dantzig á la que los rusos y los sajones tuvieron dos meses sitiada hasta que el mismo pretendiente, considerando definitivamente perdida su causa, huyó al territorio prusiano desde donde regresó á Francia poco tiempo despues.

La victoria de la campaña electoral polaca correspondia á Rusia que desde entonces trató abiertamente como territorio vasallo ruso á la que podia llamarse república de Polonia regida por una sombra de rey (3). La política francesa habia sido allí derrotada lo mismo que en 1797; pero en realidad esta vez el principal peso de su accion gravitaba sobre una tarea muy distinta.

La política prudente y perspicaz del cardenal Fleury habia observado una conciliadora conducta de paz en todas las complicaciones de la última década, habiendo evitado con sus esfuerzos mas de una vez que estallara una nueva guerra universal: el cardenal era considerado como el ministro á quien Europa debia el período de paz de que disfrutaba. Sin embargo, todas las antiguas ideas de poderío francés alentaban en él con igual fuerza que en cualquiera de sus antecesores y esperaba con impaciencia el momento en que, merced á una victoria oportuna, Francia recuperaría su preponderancia en Europa. La eleccion de Leszcynski habria sido un triunfo evidente y por esto nada se omitió para lograrla; pero, á pesar de ello, no tenia para Fleury sino una importancia secundaria, pues en el fondo seguia considerando el ministro francés el antiguo antagonismo de las casas de Habsburgo como el punto capital de la política francesa, de suerte que si algun dia Francia empuñaba las armas habia de ser para esgrimirlas solo contra el emperador.

Sobre este punto se presentaban dos cuestiones.

Una de ellas se referia á la Lorena. Desde los tiempos de Luis XIV la política francesa habia procurado y conseguido que la independencia de aquel ducado fronterizo no constituyese para Francia un peligro militar; pero la idea fija de todos los hombres de Estado franceses era la completa incorporacion de aquel territorio, tanto mas cuanto que desde hacia dos generaciones los duques loreneses mantenian íntimas relaciones con la casa imperial de los Habsburgos, relaciones que podian ser causa de un peligro para la nacion francesa. El jóven duque Francisco Estéban de Lorena vivia en la corte de Viena y desde hacia años se le consideraba como futuro esposo de la archiduquesa María Teresa, hija y heredera del emperador, siendo muy posible que algun dia se sentara en el trono del Imperio. Ya se comprenderá cuán peligroso era para Francia que ese duque de Lorena, esposo de la futura soberana de Austria, pudiera tambien ser emperador, pues de suceder así era de temer que la cuestion lorenesa tomara un nuevo sesgo funesto para Francia, y por esta razon el cardenal Fleury consideró necesario y urgente prevenir tal contingencia. La guerra de sucesion polaca habia de entrañar, pues, la lucha decisiva contra el emperador y la seguridad de Lorena.

La otra cuestion afectaba á Italia y en ella la casa hispa-

(3) Herrmann: *Historia del Estado ruso*, tomo IV, pág. 559.

no-borbónica, aliada con Francia, era la que instigaba á la guerra y á la conquista, porque ¿qué significaba para el infante D. Carlos la posesion de Parma y Toscana mientras estuvieran Milan y Nápoles en poder del emperador? A cada momento podia verse aplastado desde el Norte ó desde el

Sur á la menor indicacion de la corte de Viena. La casa de Borbon no podia considerarse sólidamente establecida en Italia si no conseguia apoderarse de Nápoles y Milan, ó por lo menos de uno de estos dos territorios, y para ello se presentaba entonces la ocasion que durante tanto tiempo habia



Le Roy Stanislas

Paris chez le L'armateur general de France, rue des Capucins

El rey Estanislao Leszcynski

Facsimile reducido del grabado de R. de Larmessin. Cuadro original de L. M. Vanloo

ardientemente deseado la corte de Madrid, pues aun cuando las tropas imperiales no habian pasado la frontera polaca, la cuestion de Polonia ofrecia un magnífico pretexto. En su consecuencia las dos casas de Borbon firmaron la alianza para la guerra, y el rey Carlos Manuel de Cerdeña, que naturalmente no podia ni queria permanecer neutral, despues de haber negociado durante largo tiempo con las dos partes acabó por unirse á Francia, halagado por las brillantes promesas que esta le hiciera.

De modo que en el otoño de 1733 Carlos VI se encontró

enfrente de una coalicion poderosa, ganosa de lucha y resuelta á dar el golpe mortal á la casa de los Habsburgos.

El gobierno de Viena creía poder contar con un partido no menos fuerte que el que á su lado tenian sus enemigos, y en primer lugar con Rusia que le habia prometido su apoyo, pero que solo hasta muy tarde no podria entrar en accion. En cambio, el ejército prusiano estaba dispuesto á ponerse desde luego en movimiento: el rey Guillermo se sentia con ó sin razon otendido por la manera como Rusia y Austria, haciendo poco caso de sus deseos, habian decidido la cues-

tion sucesoria de Polonia, y la nueva monarquía sajona implantada en esta no era muy de su agrado y antes bien hubiera preferido la entronización de Estanislao Leszczyński; sin embargo, cuando fué inminente la guerra con Francia apresuróse á ofrecer al emperador un ejército auxiliar de 50.000 hombres prontos á marchar sobre el Rhin, ofrecimiento que por el momento rechazó Viena declarando que bastaría con que el rey enviase al Rhin los 10.000 hombres exigidos en el tratado secreto de 1728.

Fuó este un paso extraño y casi ofensivo del gobierno imperial, motivado por el natural temor de que un ejército prusiano tan numeroso en el Rhin no se contentaría con desempeñar en la próxima guerra el papel secundario que antes representara en la guerra de sucesión española, sino que querría ser la principal potencia y quizás perseguiría otros fines secundarios convenientes á sus propios intereses. No puede afirmarse si Federico Guillermo hubiera cumplido su ofrecimiento caso de haberlo aceptado el emperador, puesto que, á pesar de las enérgicas manifestaciones contenidas en sus cartas y de sus notas marginales de aquella época cuya importancia ha sido muchas veces exagerada, su política durante aquella crisis no se caracterizó por su firmeza ni por su decisión; pero en cambio, dadas las corrientes contrarias á Prusia que por entonces reinaban en Viena, cabe decir que la desconfianza del gabinete imperial no resulta del todo inexplicable. En efecto, Federico Guillermo ambicionaba legítimamente hacer aparecer en aquella ocasión á Prusia como potencia militar de primer orden y al propio tiempo se imaginaba que después de esto podría darse un paso decisivo en la cuestión de Juliers-Berg, en la que no cesaba de pensar ni un instante: «marcharé con todo ó no marcharé, pues no quiero fraccionar mi ejército, y por consiguiente no consentiré que los franceses pasen el Rhin y, si fallece el elector de Mannheim (que estaba entonces gravemente enfermo), estaré en situación de hacer lo que sea de derecho (1).» Esto no obstante, el ejército prusiano del Rhin no se compuso de 50.000 hombres y Federico Guillermo fraccionó su ejército, del cual solo los 10.000 soldados á que se refería el tratado tomaron parte en aquella lucha; y cuando posteriormente se declaró la guerra del Imperio contra Francia, el rey de Prusia sostuvo que aquel contingente debía serle computado como el que estaba obligado á dar al ejército imperial.

La corte de Viena hubiera tal vez tomado en serio el celo del monarca prusiano si no hubiese esperado mejor auxilio de otro lado (2): efectivamente Austria tenía plena confianza en que las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, en virtud del convenio estipulado con ellas dos años antes, no la dejarían sola en una guerra con Francia; pero se equivocó completamente. Si únicamente se hubiese tratado de las aficiones bélicas del rey Jorge II, de seguro que Inglaterra no habría abandonado en esa crisis al emperador; pero la opinión del Parlamento inglés y la política pacífica y comercial del ministerio Walpole distaban mucho de querer una nueva guerra con Francia. Walpole no sospechaba entonces que la alianza franco-española no solo se dirigía contra Austria, sino que también y muy especialmente contra Inglaterra, contra la supremacía marítima cada día mayor de esta, contra la extensión del tráfico mercantil inglés en las colonias españolas de la América del Sur que constituyendo una transgresión de todos los tratados era in-

(1) Droysen, tomo IV, pág. 210. Además de lo que este dice debe tenerse siempre en cuenta lo que refiere Arneth, tomo III, pag. 393.

(2) Así lo indica muy claramente Marco Foscarini en su relación de 1736: «la negativa de ayuda por parte de los ingleses especialmente no perjudicó tanto al emperador como la esperanza que en ese auxilio

tolerable para los españoles y para los franceses (3). Lo único que en Londres se preveía era que las dos cortes borbónicas aliadas arrebatarían probablemente al emperador Nápoles y Sicilia; pero los comerciantes ingleses, que no habían olvidado las aspiraciones político-mercantiles independientes que alentaba Carlos VI y entre los cuales solía decirse «que el emperador había matado el comercio inglés en Nápoles y Sicilia,» esperaban ver mejorada aquella situación si los puertos del Sur de Italia caían en poder de los españoles (4).

Ante consideraciones de esta índole cedían en Inglaterra todas las demás y lo propio acontecía en Holanda; así es que ni una ni otra nación prestaron oídos á las demandas de auxilio que les hizo el emperador. Entonces no se trataba de la Pragmática Sanción que se habían obligado á apoyar y ninguna obligación tenían de ayudar al emperador en una guerra que era consecuencia de su empeño en mezclarse en la cuestión electoral polaca.

De manera que la confederación de las dos potencias marítimas en las cuales había creído Carlos VI tener su mejor apoyo, se negó resueltamente á ayudarle. A pesar de ello, poco después se acordó en Ratisbona la guerra del Imperio (enero de 1734); pero en aquella ocasión se renovaron las mezquindades de antiguos tiempos: los tres electores Wittelsbach, á saber, el de Baviera, el del Palatinado y el de Colonia se opusieron á aquel acuerdo y se negaron á tomar parte en la lucha después que hubo fracasado una última tentativa del elector Carlos Alberto de Baviera á fin de asegurar para su heredero, que entonces tenía diez años, la mano de la archiduquesa María Teresa. Por otra parte, harto conocida era la poca eficacia militar que la palabra auxilio al Imperio tenía. Carlos VI comenzó, pues, aquella guerra en las peores condiciones.

Pocos atractivos ofrece seguir en todos sus detalles aquella guerra que apenas mereció el nombre de tal y que no fué sino una serie casi no interrumpida de derrotas.

El primer suceso importante fué que en el verano de 1733 los franceses se apoderaron de la poca menos que indefensa Lorena, resueltos á no volver á salir de aquel territorio, resolución que llevaron efectivamente á cabo.

Inmediatamente comenzaron la lucha en el Rhin y en octubre de 1733 salió de Estrasburgo el mariscal Berwick, el cual puso sitio á la fortaleza imperial de Colonia obligándola á capitular el día 29 de dichos mes y año. En la primavera de 1734, Trarbach y Tréveris fueron conquistadas por un cuerpo enviado al Mosela y en seguida dió principio Berwick al asedio de Philippsburgo.

El príncipe Eugenio, que contaba ya setenta años, se puso de nuevo al frente de los ejércitos del emperador y del Imperio; pero sus fuerzas y las auxiliares enviadas por los Estados imperiales eran tan escasas que lo único que pudo intentarse, enfrente de la abrumadora superioridad de los franceses, fué mantener una actitud defensiva y aun gracias que pudiera esta sostenerse como se sostuvo: «con veinte mil hombres no puedo hacer frente á setenta mil,» escribía

tenía cifrada, pues si los imperiales no hubiesen contado con él, hubieran podido aceptar otros concursos y llevar á feliz cima otras negociaciones que se malograron por la confianza en que estaban aquellos de que tendrían quien les auxiliase.» (Arneth, *Relaciones*, pag. 93). De esto se desprende casi con certeza que Foscarini, al expresarse así, se refería á las negociaciones con Prusia, de las cuales naturalmente tenía noticia.

(3) Que esta fué una de las causas esenciales del Pacto de familia borbónico de 1733 sostiénelo Ranke en su *Historia Inglesa*, tomo VII, pág. 118.

(4) Relación del residente prusiano en Londres, Borke. Véase Ranke: *Historia prusiana*, tomo III, pág. 212.

profundamente afligido al emperador; y aun las tropas imperiales, lo propio los oficiales que los soldados, no eran las mismas de otros tiempos, efecto del largo período de paz en que habían vivido (1). En el mismo general en jefe notábase los efectos de su edad avanzada; así es que ya no confiaba en grandes victorias y únicamente trataba de evitar desastrosas derrotas.

Después de haber reunido en sus fuertes posiciones de

Heilbronn los contingentes del Imperio que tan lentamente acudían, como lo prueba el hecho de no haberse presentado hasta junio los 6.000 hombres de Hannover y el cuerpo auxiliar prusiano, intentó hacer levantar el sitio de Philippsburgo. Esta plaza, mandada por el teniente feldmariscal imperial, Wutgenau, se había defendido valerosamente: el mariscal Berwick había muerto en las trincheras y su sucesor, d'Asfeld, avanzaba con mucha lentitud. El príncipe Eugenio



Federicus Augustus Rex Poloniarum Elector Saxoniae

Federico Augusto III, rey de Polonia, elector de Sajonia

Copia de un grabado (1723) de C. A. Wortmann. Cuadro original de Luis de Silvestre (1675-1760)

llegó casi junto á las trincheras francesas. Era preciso ó enviar hombres y municiones á la plaza ó presentar batalla decisiva á las fuerzas francesas muy superiores en número. Nada de esto hicieron los imperiales: en el vencedor de Zenta y de Belgrado se había extinguido aquella bravura que en sus buenos tiempos le asegurara tantas veces la victoria. Así

(1) Son muy de notar las quejas entonces formuladas por la poca habilidad que demostró la infantería austriaca en el manejo del fusil: así hubo de reconocerlo Eugenio, viéndose obligado á adoptar algunas medidas para remediar aquellas deficiencias á pesar de «lo poco aficionado que, según él mismo decía, era á disparar inútilmente en tiempo de paz.» (Arneth, tomo III, pág. 420). En cambio los prusianos se portaban admirablemente en el ejercicio, en el manejo de la baqueta y en el fuego rápido aprendido en la escuela de Leopoldo de Dessau y del rey Federico Guillermo. El príncipe Eugenio había sido siempre y seguía siendo principalmente general de caballería.

es que mientras los ejércitos permanecían frente á frente, los sitiados agotaron sus últimos medios de defensa, y en 18 de julio de 1734 hubo de capitular Philippsburgo casi á la vista del ejército alemán.

En el Rhin no hubo ya grandes combates; los franceses no atacaron á Maguncia ó á Viejo Brisach, como se había temido, y el rey Federico Guillermo de Prusia y su heredero Federico, que asistieron durante algunas semanas á la campaña desde el cuartel general de Eugenio, no pudieron presenciar ningún acto militar de importancia (2).

Lo mismo aconteció en el siguiente año, viniendo aun á aumentar las dificultades la situación equívoca y casi amena-

(2) Dietario del príncipe heredero Federico de la campaña del Rhin de 1734, publicado por R. Koser en las *Investigaciones para la historia brandenburguesa-prusiana*, tomo IV, pág. 217.

zadora que el elector Carlos Alberto de Baviera, con fuerzas considerables, ocupó á espaldas del ejército imperial. En caso de un fracaso de las armas alemanas, todo podía temerse de aquel aliado tácito de Francia. Por fin en 26 de agosto de 1735 apareció en el campamento de Eugenio en Heidelberga el ejército auxiliar ruso, el primero que llegaba á entrar tanto en la Europa occidental, compuesto de 12.000 hombres al mando del general Lascy y que procedente de Polonia había atravesado la Silesia, Bohemia y Franconia; pero la presencia de aquellas tropas en nada hizo variar el curso de la guerra, que consistió como antes en una serie de marchas, contramarchas y pequeñas correrías, y cuyo único éxito satisfactorio para los imperiales fué el de que Carlos de Baviera se resolviese mal de su grado á abandonar la situación semihostil en que hasta entonces se había mantenido á retaguardia del ejército del Imperio y á ponerse, por lo menos aparentemente, de acuerdo con el príncipe Eugenio. Casi parecía que la dirección del ejército francés rehuía intencionadamente toda empresa de importancia á fin de no excitar con una invasión en el corazón del Imperio, como en las anteriores campañas había sucedido, las tendencias bélicas de los Estados imperiales alemanes convirtiéndolas en verdadera exaltación, y sobre todo á fin de que Prusia no hiciera mayor alarde de fuerzas en el Rin.

En realidad los franceses habían conseguido el fin que con la guerra se propusieran, pues si bien el rey Estanislao no había podido entronizarse en Polonia, en cambio ni el gabinete ni el cuartel general imperiales pensaban ya en la reconquista de Lorena. Además, y esto era lo importante, en Italia se habían desarrollado los grandes sucesos decisivos.

Allí el emperador, con sus fuerzas divididas, sin aliados y sin escuadra, había tenido que defender la Lombardía y el reino de las Dos Sicilias contra franceses, españoles y sardos. La administración militar del Imperio había disuelto hacia tiempo los cuerpos de tropas italianas indígenas (1), y aun cuando Austria envió á aquel teatro de la guerra sus mejores regimientos, entre los generales que los mandaban existía gran desacuerdo. En tales condiciones, y teniendo que luchar los imperiales contra la superioridad de fuerzas de tres enemigos, la guerra no ofrecía para los austriacos las menores probabilidades de éxito. Del mando del ejército francés se encargó el octogenario mariscal Villars, el amigo personal del príncipe Eugenio, pero su antiguo adversario en los combates.

Del primer ímpetu, los franceses y los sardos conquistaron en el otoño de 1733 toda la Lombardía, excepto Mantua, entrando el rey Carlos Manuel en Milan á principios de noviembre. El feldmariscal imperial Daun, á quien se hizo responsable de aquella desgracia, fué desterrado á sus tierras, confiándose el mando para la campaña siguiente al feldmariscal Mercy, antiguo y experto compañero de armas del príncipe Eugenio, en quien este puso toda su confianza. Mas apenas hubo el nuevo general comenzado en marzo de 1734 las operaciones en Lombardía, sintióse atacado de una antigua enfermedad que ya había sufrido otras dos veces estando en campaña, de una ceguera apoplectiforme repentina,

(1) Foscari (Relacion de 1736, pág. 94) señala esta medida como una de las causas fundamentales de la rápida ruina del poderío imperial en Italia: para adoptarla no había habido otro motivo, según él dice, «que la disciplina de aquellos cuerpos no se compadeciera con la de los tudescos, por lo cual aquella mezcla imposibilitaba la composición de un buen ejército.» Caro pagó el emperador el menosprecio que hizo de la utilidad militar de los italianos. Foscari afirma repetidas veces que la dominación de la casa de Austria en Italia fué popular, especialmente en Nápoles, pág. 114.

que si bien no le impidió continuar en el ejército, fué causa de que las operaciones languidecieran y se embrollaran por consecuencia de la inseguridad del mando supremo. Restablecido al cabo de algún tiempo, inmediatamente presentó á los franceses la batalla decisiva; pero en los primeros momentos de aquella acción que se trabó cerca de Parma en 29 de junio de 1734, cayó mortalmente herido el valeroso feldmariscal y á duras penas pudo el general de artillería, príncipe Luis de Wurtemberg, salvar á aquel quebrantado ejército efectuando una retirada ordenada. El feldmariscal conde de Königsegg, que sucedió á Mercy, inauguró su mando con una afortunada cuanto brillante sorpresa del campamento francés de Quistello de Secchia (15 de setiembre de 1734) que causó grandes pérdidas al enemigo; mas como no supo aprovechar aquella victoria, los franceses se volvieron á unir inmediatamente, llamaron á sí algunos refuerzos sardos y cuatro días después (19 de setiembre) presentaron la batalla de Guastalla, en la que Königsegg fué completamente derrotado, teniendo que evacuar poco después toda la Lombardía excepto Mantua y retirarse al Tirol.

De suerte que en Italia los imperiales iban de fracaso en fracaso. Los españoles, entretanto, mandados por el infante D. Carlos de Parma, habían comenzado á su vez su campaña, y como disponían de ejército y escuadra su tarea resultaba mas fácil que la de sus aliados en la Alta Italia. Las escasas fuerzas imperiales que se encontraban en Nápoles al mando de Caraffa y Traun no se atrevieron á luchar en campo abierto, y en espera de auxilios de Lombardía, se retiraron á las plazas fuertes, no sin que un pequeño cuerpo á las órdenes del príncipe de Belmonte fuera derrotado en Gaeta por los españoles. Sin obstáculo alguno entró D. Carlos en Nápoles, donde se hizo proclamar rey; Sicilia fué también fácilmente conquistada, de suerte que de las grandes plazas fuertes de ambos lados del estrecho solo quedaban en poder del emperador, en otoño de 1734, Cápua, la ciudadela de Mesina, Trapani y Siracusa.

Los Borbones españoles eran dueños de los dos reinos del Sur de Italia, y en la Lombardía quedaban vencedores los franceses y los sardos.

La fortuna se había cansado de favorecer á su antiguo protegido Carlos VI, ahora en todas partes derrotado. Las fuerzas del Imperio estaban agotadas, la Hacienda pasaba por una crisis terrible, sobre todo desde que le faltaban los acostumbrados cuantiosos ingresos de Italia, y de aquella general miseria se resentían especialmente los ejércitos, únicos elementos que podían sostener al Estado. Era evidente que sin los auxilios en hombres y dinero de las dos potencias marítimas que en la anterior guerra de sucesión española habían estado al lado de Austria, no podía esta luchar contra la coalición borbónica. El emperador no contaba con amigos sinceros, ó á lo sumo podía contar con la zarina rusa que tan lejos se encontraba. En el Imperio, la oposición á la guerra imperial y el deseo de neutralidad eran cada vez mas potentes; los Wittelsbach hacían grandes aprestos militares y conspiraban con Francia; el rey de Prusia estaba disgustado, y su hijo, que no había de tardar en heredarle, no ocultaba sus simpatías hacia los franceses, y como si todo esto no fuera bastante, existía la posibilidad de una próxima guerra con Turquía. Fundados en todas estas consideraciones los servidores mas leales y expertos del emperador, aconsejaron con insistencia á este que firmara la paz aun cuando para conseguirla hubiera de hacer grandes sacrificios en Italia (2). El príncipe Eugenio, en una detallada memoria en

(2) Véanse las discusiones de Königsegg y el príncipe Eugenio en Arneth, tomo III, pág. 448.

la cual estudiaba la situación de la monarquía austriaca, decía entre otras cosas al emperador que, «dado que en las cosas del mundo el mal menor debe ser preferido al mal mayor,» quizás sería lo mas conveniente entrar en inteligencia con la casa de Wittelsbach y conceder al elector de Baviera la mano de la archiduquesa María Teresa, creando de

esta suerte un lazo de union permanente entre Baviera y Austria (1).

Esta proposición, de haber sido aceptada, quizás hubiera impreso á la historia alemana una dirección muy distinta de la que tomó.

Pero Carlos VI no quiso aceptarla y el porvenir de la casa



Soldado de caballería, de la primera mitad del siglo XVIII
Facsimile reducido de la estampa de Jorge Felipe Rugendas (1666-1742)

de Habsburgo y del Imperio no se fundó en la alianza de familia con los Borbones, ni en la de los Wittelsbach, sino en la de la casa de Lorena que acababa de perder su territorio hereditario. El emperador resolvió intentar por un año la continuación de la guerra, apelando para ello á sus últimas fuerzas, es decir lo mismo que se intentó después de la paz de Utrecht y con la misma desgracia que entonces.

Mientras los ejércitos se encontraban aun en el Rin, se iniciaron secretamente en Viena las negociaciones para la paz, para las cuales dió el primer paso el cardenal Fleury, y

(1) Arneth, tomo III, pág. 479. Este es el último documento político de importancia que se conoce del príncipe Eugenio.

después de haber sido rechazados los ofrecimientos de mediación hechos por las potencias marítimas y por Prusia, se firmaron en 3 de octubre de 1735 los preliminares de Viena y cinco semanas mas tarde fueron estos ratificados (7 de noviembre). Francia, siguiendo su acostumbrado procedimiento autoritario, convino por sí y ante sí las condiciones de aquella paz con el emperador, sometiéndolas luego á la aprobación de sus aliadas España y Cerdeña, las cuales tras larga resistencia las aceptaron por fin en 1738. También el Imperio hubo de someterse á la paz después de haber sido ésta concertada sin su intervención.

Francia renunció definitivamente en favor de Augusto III á la monarquía de su protegido Lesczynski en Polonia, con-